

ANA JIMÉNEZ

Marcel·lí Antúnez invita a tocar la tierra con las manos en la sala oval

Marcel·lí Antúnez (Moià, 1959), cofundador de La Fura dels Baus y de los Rinos, ha realizado impactantes performances mecánicas e instalaciones robóticas, pero es un ecologista con alma de payés que toca la tierra con las manos. Autor de un arte popular y festi-

vo, con obras que involucran en su creación a colectivos en riesgo de exclusión, ha plantado en la sala oval del MNAC un bosque de dibujos y esculturas (se activa cada día a las 12 h) con el que reivindica la necesidad de volver a poner la naturaleza en el centro. / T. Sesé

Hugo Gonçalves publica una novela sobre el inicio de la democracia portuguesa

Los claveles revolucionarios

LARA GÓMEZ RUIZ
Barcelona

Hugo Gonçalves (Sintra, Portugal, 1976) siempre tiene ideas rondándole la cabeza. Algunas llevan años acompañándole, como la familia, una constante que aparece en sus ocho libros publicados, incluida su última novela, *Revolución* (Libros del Asteroide). Quién sabe si se deba a la pérdida temprana de su madre. Sea como sea, “ese pequeño cosmos me parece un universo fascinante”.

Eso sí, en este último libro tan importante es la parentela como el contexto: la revolución de los claveles, un levantamiento pacífico que acabó con 48 años de régimen autoritario en Portugal y con el que nació la democracia en el país. Pero antes de llegar a ese clímax, Gonçalves empieza su narración en la dictadura, donde presenta a los hermanos Storm: María Luisa, la mayor, es una militante comunista que tiene que pasar a la clandestinidad y elegir entre su hija o sus ideales; Pureza, la mediana, observa cómo su anhelo de llevar una vida tradicional se tambalea ante un proceso revolucionario, y Frederico, el más joven, es el perfecto hedonista, pues solo parece interesado en divertirse y en encontrar la manera de librarse del reclutamiento.

Todos ellos son muy distintos y llevan a cabo acciones de todo tipo, muchas de ellas difíciles de justificar. Aun-

así, la obsesión de Gonçalves es lograr que el lector se meta en su piel. “Que puedan identificarse con ellos, incluso con aquel que piensa algo completamente distinto al lector”.

Un primer desafío que combina con otro que no es menor, que es el de crear unas tramas interesantes que entremezclan lo personal con lo histórico, pues “los vamos a ir viendo como cambian mientras lo hace también el país. Todos ellos pasan por una revolución en un momento u otro y tienen formas

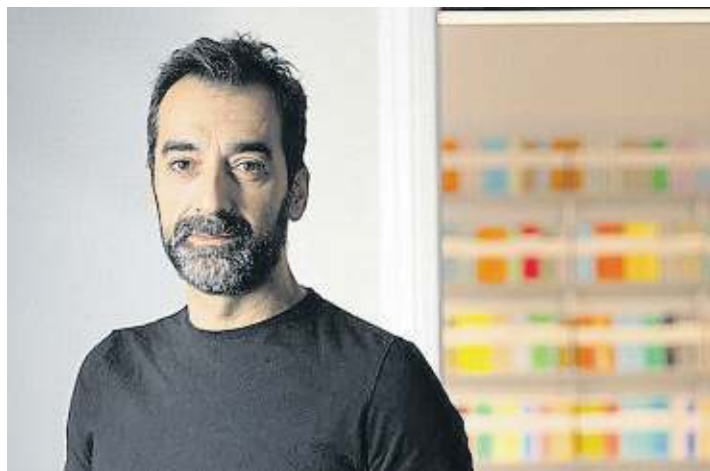
ba en danza el trauma de una guerra colonial y de una juventud interrumpida”. Esta es, por tanto, una historia en la que abunda la militancia, el miedo, el silencio y las renunciaciones, pero en la que también hay espacio para las pequeñas resistencias cotidianas, el coraje o la maternidad.

A Gonçalves no le cuesta recordar esos días, pese a que nació “en democracia y con la prosperidad que esta prometía”. Tiene claro que, si es escritor, “es gracias a las conquistas de ese

día”, aunque trata de no romantizar ese periodo, sino dotarlo de realidad. Y puede hacerlo, pues percibió durante décadas, “incluso a veces hoy”, determinadas actitudes que no distaban mucho de lo que sucedió. “Nací en una Portugal libre, pero donde la dictadura no había terminado porque seguía existiendo en la gente”. Los delatores, los policías políticos, la misoginia...

Pese a que hace décadas que los hechos acontecen —en concreto, este 2025 se celebran 50 años

de la revolución de los claveles—, Gonçalves opina que muchos lectores pueden sentirse identificados, pues “existe una resonancia muy fuerte con lo que sucede hoy. La sociedad está muy polarizada y las ideas divergentes en política siguen creando discusiones”. Con todo, asegura: “Mi libro no es político. Los políticos y los historiadores pueden hacer mejor que yo esa labor. A mí solo me interesan las personas. Lo demás es secundario y solo sirve para colocarlos frente a dilemas”.



MIQUEL GONZALEZ / SHOOTING

El escritor Hugo Gonçalves durante su visita a Barcelona

“La sociedad está muy polarizada y las ideas divergentes siguen creando discusiones”

distintas de vivir tanto la opresión como la libertad. Fue un momento en el que se vivía más en una semana que en diez años. Todo podía cambiar de la una a las cuatro de la madrugada y esta-

La unidad de la diversidad



Se inaugura una exposición que permite realizar una inmersión en una obra capital de la dialectología, el *Atles Lingüístic del Domini Català*, un proyecto de investigación faraónico dirigido por Lidia Pons y Joan Veny, digno de figurar junto a las grandes obras lingüísticas de Pompeu Fabra, Antoni Maria Alcover o Joan Coromines. Puede visitarse en el claustro de la Casa de Convalecencia, un nombre apropiado para albergar la sede central de la academia de la lengua catalana, el Institut d’Estudis Catalans. Se trata de una exposición compacta para garantizar una larga itinerancia por esos claustros de Dios. La dialectología suscita una paradoja muy fértil: muestra los particularismos de la lengua estudiada y refuerza su unidad. Porque la variación dentro de un mismo código lingüístico es una fortaleza, como la diversidad para una sociedad. La parte inicial del proyecto se desarrolló entre 1964 y 1978, con la recopilación de materiales lingüísticos mediante cuestionarios completísimos en 190 localidades del dominio lingüístico catalán (nota para suspicaces: en lingüística, “dominio” designa la zona donde se habla una lengua). La fase de trabajo y publicación de estos materiales se prolongó durante décadas, hasta completar la publicación del *Atles* propiamente dicho, nueve volúmenes de gran formato con los resultados de los cuestionarios, otros nueve volúmenes del *Petit Atles*, de carácter interpretativo, con mapas que permi-

La dialectología muestra los particularismos de la lengua y, de paso, refuerza su unidad

ten realizar comparaciones de las palabras equivalentes recogidas en cada territorio, y tres volúmenes de *etnotextos*, charlas espontáneas —un *off the record* con la grabadora en marcha— reproducidas con transcripción fonética y en grafía convencional.

La imagen más emblemática de esta obra magna es un mapa coloreado que distingue los territorios donde, por ejemplo, *judía* se dice *mongeta* (*tendra* o *tenra*), *bajoca*, *bajoqueta*, *monja tenra*, *fesol* o *tavella*. Esta visualización territorial de la lengua apela a la autenticidad, un valor refugio en tiempos de mentiras globales, y entronca con la reivindicación de los alimentos de kilómetro cero. La exposición reúne la ingente actividad de los equipos de encuestadores, algunos tan ilustres como Joan Martí o Joaquim Rafel, que hace medio siglo recorrieron los confines del dominio lingüístico cargados con aparatos tan poco portátiles como un magnetófono, practicaron la puerta fría con todo tipo de hablantes y les hicieron más preguntas que un reportero de *Crims*. Si las excursiones filológicas de Alcover o Coromines suscitaban crónicas, las del *Atles* merecerían un documental. La prosa de Pla o de Sagarra cartografió el catalán de antes de la guerra. Los mapas *atléticos* de Pons & Veny cartografiaban el catalán de antes de la transición. ¿Quién cartografiará el catalán después de la IA?